

Olor a rancio

Olía a rancio. Él ya estaba acostumbrado. Aquel almacén llevaba muchos meses sin ventilar. Ya sé lo había comentado al encargado. Las luces titilaban, inconstantes, eso las que no estaban rotas. Los gamberros de la Quinta entraban muchas veces por el respiradero, las pipas de crack y las jeringas eran habituales en el almacén. También se lo había dicho al encargado. Una reja solucionaría muchos problemas. El guarda jurado solía hacer su recorrido por aquel local con paso rápido, no le gustaba el lugar y no le gustaba el olor. Ahuyentar yonkis no era su máxima ilusión, no era el primer compañero que acababa con el estómago agujereado por un chiquillo colgado hasta las cejas.

A pesar de ello, el olor que le entraba por las narices en aquel momento, dulzón y penetrante, no era el mismo al que él estaba habituado. Sentía curiosidad, y a la vez desconfianza. La taquicardia apareció de nuevo. El hombre puso una mano sobre su acelerado corazón. Sabía que si el informe médico de sus taquicardias llegaba al encargado le despedirían. Oyó un roce y un susurro. Estaba seguro que los chavales volvían a fumar crack, pero a pesar de ello, el corazón se le aceleró más. La recepción estaba tres pisos más arriba, pero apretó su pecho con fuerza convencido que el encargado podría percibir su nerviosismo.

El olor dulzón se intensificó con una leve ráfaga y el guardia percibió que la puerta del fondo del almacén estaba abierta. Era el cuarto de las calderas. Los chicos no entraban nunca allí. Aquello siempre estaba cerrado con un candado. A parte de los de mantenimiento, sólo Viviana entraba para dejar sus mochos y trastos. El hombre era de complexión grande, alto, ya entrado en años, pero fuerte, y a pesar de ello sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Podía dar media vuelta, podía avisar a la policía, "que vengan los chicos de la V a sacar a los yonkis, total, es su faena", pensó.

Pero inmediatamente cambió de opinión. Tenía 55 años y nadie iba a contratar a un Guardia Jurado de esa edad. No podía arriesgarse a cabrear al encargado.

Avanzó con paso inseguro y ceño fruncido, intentando vislumbrar la puerta entre la oscuridad. Aquella zona era la peor iluminada. Sintió el crepitar de pequeños cristales al romperse bajo sus zapatos negros y maldecía por lo bajo a aquellos malditos criajos. A pesar de ello se llevó la mano a la porra, y con dedos trémulos desató el cinto. Sus dedos, rígidos, rodearon el mango con fuerza. Tembloroso, siguió avanzando, arrepentido de no haber aceptado llevar arma. Todos sus compañeros la llevaban.

La única bombilla entera, pendía sucia del cable encima de la jamba de la puerta. La poca luz que daba apenas iluminaba los pies del guardia cuando llegó hasta allí. El olor era ahora muy penetrante y el hombre creyó reconocerlo. La puerta estaba entreabierta y era incapaz de distinguir nada del interior. Suspiró, irritado, por tener una imaginación tan desbocada y con un golpe de porra abrió del todo y penetró en la estancia con paso seguro. En el interior no había ninguna luz, se detuvo y husmeó. El olor penetrante provenía del techo, alzó la mirada y distinguió algo enredado entre las tuberías de las calderas.

No sabía que era, pero el corazón le volvió a latir con fuerza y empezó a jadear. Intentó relajarse, "si perdía ahora el conocimiento si que se quedaría sin trabajo", pensó. Elevó la porra lentamente acercándolo al olor, cada vez más intenso. La ansiedad creciente le ahogaba. El pecho le hacía daño y sentía como sus dedos, rígidos como garras acercaban la porra cada vez más a aquel fardo. Una gota de algo viscoso le cayó sobre la frente y goteó sobre sus ojos, aterrorizado dio un paso atrás. Sintió como perdía pie al mismo tiempo que notó que la textura del suelo cubierta por aquel mismo liquido viscoso. Su espalda, ya de por sí maltratada, se quejó con un dolor agudo del

fuerte impacto, pero el guardia sólo podía apreciar el líquido viscoso que sus manos habían tocado cuando cayó al suelo. Con asco y terror levantó los dedos, sin distinguir nada.

De repente sintió el tenue sonido de un desgarró, un leve silbido en el aire, y, zas, algo duro y bastante grande había caído sobre su regazo. Completamente fuera de sí, incapaz de pensar, retrocedió, apuntalando los pies sobre el líquido pringoso. Cuando consiguió llegar a la zona que iluminaba la bombilla distinguió que había sobre su regazo. Era una mano, una mano desgarrada, músculos y carne colgaban de la muñeca. El Guardia con mirada desorbitada reconoció el anillo de Viviana.

El encargado escuchó un grito escalofriante desde tres pisos más arriba y no lo dudó ni un momento, dos segundos después marcaba el número de la policía.

Kale no acostumbraba a salir tan tarde del entrenamiento, pero pronto serían las finales y no tenía intención de perder. A pesar de su ceguera parcial había conseguido entrar en las finales de judo femeninas y era su resolución y su fuerza de ánimo lo que la seguía llevando a delante.

Por eso cuando sintió aquel rumor, no se permitió asustarse. Un ladronzuelo de carteras de poca monta no iba a impedir que siguiera su camino. Ella era una mujer decidida y no pensaba permitir que nada le impidiera llegar a aquella final. Su sentido del olfato y su instinto de conservación rápidamente le advirtieron que aquello no era un carterista. A pesar de ello no se detuvo. El pasillo del metro estaba solitario y oscuro, pero a ella, eso, gracias a su ceguera, era algo que nunca le había importado.

Aceleró el paso, pero no permitió que se le acelerara el corazón. Se negaba a tener miedo. Sintió unos pasos rápidos a su derecha, pero no se detuvo. Sabía que la

vuelta del pasillo estaba a pocos metros, y allí, al final del de este estaban las taquillas y el guardia jurado.

El rumor se hizo más intenso y un olor dulzón llegó hasta ella, y entonces se percató que no le daría tiempo a llegar. Su respiración, ahora entrecortada, le advertía que estaba a punto de dejarse llevar por el pánico, por ello, con voluntad de hierro se obligó a relajarse. Era ciega y si no conservaba la calma no sobreviviría.

Apresuró el paso y rebuscó en su mochila. Con un gesto rápido giró sobre si misma, y por el cambio en el olor, se percató que había sorprendido a su perseguidor. Alargó la mano y con asco alcanzó lo que le pareció una muñeca excesivamente peluda. A pesar de ello, no dudó. Ahora su corazón iba a cien por hora pero de excitación. Sintió como la adrenalina le aumentaba el ritmo por momentos. Estiró, y puso la cadera en posición, en una técnica sencilla pero eficaz y con la otra mano apretó el spray ante lo que supuso eran los ojos de su contrincante. Cuando su cadera tanteó el aire comprendió su error.

Un instante después se sintió en el suelo, más sorprendida y dolorida que asustada. Cuando un afilado dedo empezó a tantear su cuello y aquel fétido aliento penetró en sus narices comprendió que seguramente aquel iba a ser su último instante de lucidez y entonces se permitió dejar paso al terror.